

LAS BRUJAS O LAS ILUMINADORAS DE LA NOCHE*

JOSÉ EMILIO PACHECO

Resumen: Este texto da cuenta del trabajo realizado por Jules Michelet, el gran historiador románico, titulado *Las Brujas* (publicado, en español, en la serie Maldoror, ediciones Mateu Barcelona, en una traducción de J.Vivó). En él, además de rescatar de la ignominia a la bruja, se muestra que fue la primera en rebelarse contra la degradación de la mujer, y la fundadora del progreso y la ciencia.

Palabras clave: Bruja, Pan, Satanás, libertad, Edad Media, mujer, saber, Iglesia, Ciencia.

Un vapor irreal sale de las hogueras resinosas. El pueblo se encuentra reunido a orillas del bosque ante una estatua de Satanás. Aparece la hechicera de ojos febriles y cabellos al viento. Se entrega a la figura sombría y recibe el soplo que la convierte en altar vivo. La misa al revés, el sacrilegio, se interrumpe con el festín. Nadie lleva armas pero hay un hombre para cada mujer. Espalda con espalda, bailan su danza giratoria. En el vértigo de la ronda todos se sienten un solo cuerpo. Entonces se reanuda la misa negra. La hechicera se ofrece como altar y como hostia. Se brinda trigo al Espíritu de la Tierra que hace germinar las cosechas. Se sueltan aves para que comuniquen al Dios de la Libertad la queja y la esperanza de los siervos. El Satanás de madera es Pan y es Priapo. Bajo su forma el pueblo se rinde culto a sí mismo y ruega por nosotros: por sus lejanos descendientes.

La puerta del diablo

Esa noche de la Edad Media nació siglos atrás, en la prehistoria, el día en que las tribus nómadas se impusieron a los pueblos agrícolas y el patriarcado sustituyó al matriarcado. Al terminar el culto de la tierra, todo lo bajo, lo relacionado con ella –infierno, podredumbre,

* Este texto se publicó por primera vez en la sección “El ombligo del poder” en el número dos de la revista virtual *La letra ausente* <http://www.laletterausente.com/laletterausente2/principal.htm> en el año de 2006. *Errancia* agradece, nuevamente, a José Emilio Pacheco la colaboración de este extraordinario y vigente ensayo, para aquella, en otro momento, importante publicación, que, en sus primeros 13 números, tuvimos a bien ofrecer a sus lectores.

víbora- significó el mal. Todo lo alto –cielo, espíritu, pájaros- comenzó a representar el bien. Acabó la veneración a la semilla que germina en la oscuridad subterránea. La mujer dejó de ser diosa para transformarse en esclava, bestia de carga, animal salvaje, culpable de la caída de la humanidad (Eva) y de haber traído al mundo males y sufrimientos (Pandora). Pitágoras la hizo descender del “mal principio” que la habría creado junto con el caos y la oscuridad; en tanto que el “buen principio” sería el forjador del orden, la luz y el hombre. Tertuliano la llamó “puerta del diablo” y la culpó de la muerte del Hijo de Dios. Santo Tomás responsabilizó a la concupiscencia femenina de la transmisión del pecado original a cada hijo que concibe.

La primera rebelión organizada contra este desprecio y ese sometimiento no fue el sufragismo sino la brujería.

Michelet y la liberación

El 9 de febrero del 2006 se cumplieron 132 años de la muerte de Michelet. Había nacido en París en 1798 y, célebre e influyente en su época, la posteridad lo recordaba sólo como el autor de la *Historia de Francia* y la *Historia de la Revolución Francesa*, el hombre que creó para el orgullo de su país la imagen mítica de Juana de Arco y ayudó a establecer el concepto de Renacimiento. Su método histórico se juzgaba superado. En las clases de francés se dictaban fragmentos de sus obras como ejemplos de buena prosa romántica. La reivindicación de Michelet comenzó en 1940. Edmund Wilson en *Hacia la estación de Finlandia* situó el origen de las ideas revolucionarias posteriores a 1789 en el momento en que el joven Michelet descubre, al leer la *Scienza Nuova* de Giovanni Vico, que el mundo social es obra de los hombres, la sociedad humana tiene un carácter orgánico y la historia es una corriente única y no una sucesión de aventuras fragmentarias. Más tarde Georges Bataille *La littérature et le mal*, 1957y Roland Barthes *Michele par lui même*, 1954, y su introducción a *La sorcière*, 1959, nos dieron todos los elementos necesarios para una nueva lectura de Michelet. Carlos Fuentes empleó un epígrafe de La bruja para su magistral novela corta *Aura* 1962. Gaëtan Picon descubrió en las lecciones que el gran historiador dio en el Colegio de Francia en 1847-48 (*El estudiante*, SigloXXI, México) a un precursor de

mayo de 1968 que vio a la juventud como clase social particular, capaz de rehuir el condicionamiento y de hacerse una contra educación.

La experiencia vivida de los muertos

Michelet tenía sesenta y cuatro años cuando dio a la imprenta *La bruja* en el París del Segundo Imperio. La casa Hachette que se había enriquecido con sus libros anteriores se negó a incluirla bajo su sello. El editor Dentu se arriesgó pero los agentes de Luis Bonaparte decomisaron la edición francesa, y *La bruja* tuvo que imprimirse casi clandestinamente en Bruselas.

La bruja es “historia y novela, etnología o mitología histórica”, dice Barthes. Michelet, escribe Wilson, “está más cerca en muchos aspectos de un novelista como Balzac que de un historiador. Posee el interés por lo social y la capacidad de crear personajes, propios del novelista, y tiene la pasión e imaginación del poeta.”

Para Michelet la tarea del historiador consiste en recuperar la experiencia vivida por las generaciones muertas. Somos nada más un eslabón en la cadena humana; el presente lleva las señales que le ha impreso el pasado y no podemos actuar si no tenemos conciencia histórica. El protagonista de sus libros es siempre el pueblo. Lo que se propuso y logró en *La sorcière* fue rescatar del oprobio el mundo de la brujería, descubrir en archivos y documentos qué fuerzas sociales obligaron a la mujer a convertirse en bruja, contempla a la hechicera en tanto que ser humano viviente y doliente. La ataca por no ser fiel a las enseñanzas que dice predicar; por convertir al Dios de los pobres y de los indefensos en aliado involuntario del rico y del poderoso. *La sorcière* no traza una historia de la hechicería sino transmite la narración de una realidad viva: la hechicera.

Mil años de soledad

Aunque una era no comienza ni termina en una fecha precisa, generalmente se sitúa a la Edad Media en los mil años transcurridos entre la caída de Roma en 476 y el descubrimiento de América en 1402. La Iglesia Católica da unidad a Europa y conquista primero al imperio y luego a los bárbaros. Muerto Carlomagno en 814, el Viejo Mundo

desmembrado se organiza bajo el sistema feudal. Los reyes otorgan tierras a los señores. Campesinos, villanos y siervos las trabajan a cambio de servicios y tributos. La Iglesia da muerte a Pan, dios de la Naturaleza, y condena a ésta en su totalidad porque considera que encarna el mal. Siempre los dioses de una religión vencida se vuelven los demonios de la religión triunfante.

El templo romano deja su sitio al monasterio. La Iglesia impone un método que dispensa del raciocinio. Considera niños a todos; les dice: “Imitad y todo irá bien. Repetid y copiad”. El pontífice quiere un mundo sumiso y estéril. Carentes del proyecto de una sociedad nueva, tampoco pueden fecundar la antigua. Predican la conformidad a un pueblo hambriento de pan y justicia; le aseguran que la vida es sólo una prueba y que hay que soportarla resignadamente porque la esperanza no está aquí abajo sino después de la muerte.

La naturaleza impura, temida por el fraile, es santificada por el campesino que de ella extrae el sustento para todos. El sacerdote ya no es el pueblo: se expresa en la lengua del imperio caído. La gente se aburre de oír lo que no entiende. La Edad Media es una época de desesperación engendrada por la Iglesia. Mil años de soledad, tedio, miedo, sopor. Sarracenos y normandos amenazan con sus incursiones. Se levanta la torre en las montañas, el castillo, y el pueblo acampa con sus animales en el recinto externo. A la sombra de las almenas, el campesino protege a su protector. Nace el mundo feudal. El señor pone límites, encierra al hombre libre, lo transforma en vasallo, luego en servidor, por último en siervo: “O siervo o muerto”. La servidumbre es alienación, humillación, maltrato, hambre que propicia las grandes epidemias: lepra, epilepsia, sífilis. La miseria obliga a la Edad Media a entregarse al Demonio.

El infierno en la tierra

El hogar aislado acaba con la comunidad sexual y da forma a la familia. La mujer hila en su rueca y cuida a las ovejas. No es aún la campesina que ayudará en la cosecha, ni la ociosa burguesa de las futuras ciudades. Es débil, hermosa, mal alimentada. Mira con temor hacia el castillo. No revela a la Iglesia su secreto: la compasión transmitida por su madre y su abuela hacia el dios derrocado: Pan que, oculto en el bosque, asume los atributos del diablo;

hacia las antiguas deidades paganas que merodean de noche como espíritus, como duendes que al hacerle pequeños servicios y mínimas travesuras traen la única felicidad a una casa que es morada del hambre y la desdicha. Porque la familia rural vive en la incertidumbre. En cualquier momento el horror puede descender del castillo. El feudalismo tiene las características del infierno: la fijeza extrema del hombre enclavado en un mismo sitio, y la extrema inseguridad de su condición. Se le paga al señor para que permita cultivar la tierra. Mientras el siervo trabaja el dueño de la torre puede caer sobre la choza y arrebatar lo que desee. Opresión sexual y opresión socio-económica son una y la misma. Cuando acaban las batallas privadas entre los señores que incendian, saquean y devastan mutuamente sus respectivas posesiones, los nobles se divierten haciendo la guerra contra sus vasallos. Cazán ciervos y siervos. Los dos inocentes e indefensos. Giles de Rais, el Barba Azul Histórico, es el más acabado ejemplo de las torturas, desenfrenos y barbaries que sufrieron los hombres de la Edad Media a manos de sus opresores. Hastiados de la orgía y la matanza, sueltan a sus soldados y a sus pajes. Cada razzia multiplica el infierno. Extorsiones, vejaciones, ultrajes a las familias de los siervos.

En estos pueblos católicos se instituye como derecho una afrenta que no existió en la esclavitud más antigua: el señor laico y el señor eclesiástico tienen el *ius primae noctis*, el derecho de quitar a la novia su virginidad. Piadosa, casta, inocente, la joven llora cuando la vejan el amo o su soldadesca ante los ojos del marido.

Dios está en las iglesias; Satanás en el mundo, y a él se dirigen los oprimidos. El infierno se vuelve asilo contra un mundo infernal. La mujer humillada y ofendida busca fuerza y poder. Lo consigue dando su alma al diablillo del hogar que engrandecido con ella se transforma en demonio para hacer obra justa y piadosa.

Esta situación se exagera después de las Cruzadas, cuando al señor ya no le basta ser pagado con trigo: quiere oro. La mujer, a fin de obtenerlo, deja que el Diablo la posea. En el castillo la ultrajan; el marido le cierra la puerta. Su única esperanza es Satanás y su mayor deseo la venganza. No es nada, no posee nada. La Iglesia la considera un ser abyecto. Es Eva y personifica el pecado.

La medicina: rebelión contra Dios

http://www.iztacala.unam.mx/errancia/v7/litorales_6.html

El medioevo es el reino de la hipocresía. Los irreprochables principios morales del cristianismo no se cumplen jamás. “Sodoma se oculta bajo el altar”. Los frailes reservan la alegría, el placer, la gula, la cultura, la voluptuosidad y la molicie para sí mismos y para los dueños de la tierra y el dinero. Prohíben escrutar el porvenir, evocar el pasado, adelantarse, traer el tiempo que huye, extender el presente con lo que fue y lo que será. El dogma terrible del suplicio en llamas y calderas que los muertos padecen por toda la eternidad inquieta y apesadumbra al pueblo. La gente quiere hablar con los desaparecidos. Anhela saber que los suyos no están en el infierno. El Demonio es el príncipe de los muertos y la hechicera benéfica permite que los difuntos regresen a vivir en los sueños de sus dolientes. La hechicera reina en el bosque, el monte, el páramo, la cueva. Como el hombre que la obligó a convertirse en bruja, ella a su vez tiene vasallos: cuervos, lobos, osos. Todos proscritos, perseguidos a muerte, como la bruja sobre quien pende la cárcel, la tortura, la hoguera. Pero todas las plantas le ofrecen sus secretos, sus virtudes, sus perfumes, sus remedios y sus venenos. Mediante filtros, hierbas e invocaciones, la bruja permite la sublevación contra un orden inhumano. Personaje consolador, tutelar, y temido al mismo tiempo, es el único médico del pueblo. Se le llama, como a las hadas y como su planta favorita, “buena mujer” *bella donna*, antídoto contra los grandes males de la Edad Media, droga que adormece a la parturienta y facilita la salida en el parto. La bruja es también comadrona y sólo a ella confían sus enfermedades las mujeres. La Iglesia cree que bastan los medios espirituales –fe, oración, sacramentos- para curar males físicos.

Satanás, el príncipe de la Naturaleza, el gran proscrito, da a la bruja poderes sobre la ciencia y el mundo natural. Le permite recoger y aprovechar todo lo que niega la Iglesia: la lógica, el pensamiento libre, el deseo de ver, saber, conocer. Con la bruja empiezan la anatomía, cirugía y la ciencia farmacéutica. Desentierra un cadáver, lo abre, contempla este milagro de Dios que los frailes ocultan en vez de darlo para su estudio. La bruja emplea los venenos porque sabe que administrado en pequeñas dosis puede curar todos los males. Rehabilita el vientre y las funciones digestivas. Afirma que no hay nada impuro ni inmundo, nada puede prohibirse por repugnancia ni sustraerse a la observación y el estudio. Así nace la medicina: el verdadero satanismo, la rebelión más soberbia contra Dios, porque se supone que la enfermedad es un azote y un castigo del cielo.

El catolicismo considera impuras la carne y su representación más hermosa: la mujer. Esta por un momento acepta el código y se considera a sí misma un ser abyecto. La medicina medieval sólo se ocupa del ser superior y puro: el hombre, único que puede convertirse en sacerdote y servir a Dios en los altares. La bruja practica dos virtudes recomendadas pero no observadas por los católicos de entonces: la bondad y la caridad. Gracias a ellas hace vivir a la mujer, nacida para el desprecio y el dolor.

El soplo de satanás

Todo poder abusa. La bruja no deja de hacer mal. No olvidemos que se ha vuelto hechicera por venganza. Los siervos la temen y la adoran; acuden a confesarse con ella y le dan los secretos de la aldea. El llanto de los pobres humedece la tierra. Del suelo, en el que el dogma pretendió enterrar la vida, se levanta el vaho del porvenir, el soplo de Satanás que estremece la solidez de la catedral gótica.

Hay brujas jóvenes y hermosas que mueren en la hoguera porque provocan celos, envidias, deseos insatisfechos. No obstante, el prototipo es la anciana que, por su cercanía con la muerte, está más cerca al mundo de las tinieblas y los fluidos nocturnos, a la tierra que es matriz y también fosa. Si de joven la lujuria del señor la impulsó a volverse bruja, en la senectud será Celestina y hará del deseo un arma de reivindicación social.

El noble trata bien a la esposa rica. Incluso le permite tener una corte de amantes. Si la mujer es su vasalla, si no tiene padre o hermano que puedan vengarla, la manipulará: un objeto de placer del que puede deshacerse cuando lo hastíe. Quien anhela conservar y desembravecer al marido recurre a los hechizos. También va hacia la bruja el escudero o el paje que codicia a la mujer o a la hija de su amo. Sus filtros y conjuros dan a la hechicera la oportunidad de vengarse de las damas altivas y permitir que el siervo haga con ellas lo que el dueño del castillo hizo con su pueblo.

Blasfemia, sexualidad, desesperanza

Los aquelarres son, por una parte, ritos de fertilidad, supervivencias de la religión pagana, y por otras ceremonias orgiásticas en las cuales la hechicería parece más bien un pretexto.

Como el lobo y el zorro, el siervo se ha vuelto un animal nocturno que hace de noche su verdadera vida. El aquelarre le da la única libertad de que disfruta, el momento en que puede ser él mismo y mostrarse como es. A las danzas lujuriosas añade juegos de escarnio, burlas, parodias del señor y del sacerdote. “Los ritos de brujería –escribe Bataille en su ensayo sobre Michelet- son los ritos propios de los oprimidos. La religión del pueblo conquistado se transforma a menudo en la magia de las sociedades que se forman después de la conquista.”

Cuando se toca el fondo de la desesperación se pierde todo respeto. Bajo el gran cisma del siglo XIV, mientras la Iglesia tiene dos Papas, el aquelarre se transforma en misa negra, sacramento al revés, drama diabólico, desaforado reto a la Iglesia. El aquelarre muestra el fracaso de la cristianización. La Iglesia no ejerce ningún influjo moral. El pueblo, en cuanto se ve libre, retorna al paganismo. Los frailes lo educaron en la creencia del milagro. Durante siglos ha esperado un prodigio del cielo que lo redima del hambre y de la crueldad de sus opresores. El milagro no se ha hecho jamás. El cielo parece un aliado de sus verdugos.

Si la Iglesia no celebra a la Madre sino a la Virgen y la poesía medieval no alaba a la mujer sino a la adolescente que muere sin haber dado hijos, la misa negra redime a Eva, maldita por el catolicismo. En ella la mujer es sacerdotisa, altar y hostia. Tras siglos de vejaciones y suplicios la audacia crece con el peligro. La bruja puede atreverse a todo porque hallará la misma espantosa muerte si cura al leproso que si celebra la gran fiesta de la fraternidad humana, de reto al cielo católico, de culto desnaturalizado al dios Naturaleza. El altar se consagra al Gran Rebelde, al siervo sublevado de Dios, al “Espíritu que creó la tierra, al Señor que hace germinar las plantas”. La misa negra es el prelude de la jacquerie, la rebelión campesina.

La noche emancipa al siervo. Le permite ser rey por algunas horas. El alba le traerá de nuevo la servidumbre, el terror, el doble tañido de las campanas que dicen siempre y jamás. A diferencia de las sangrientas y brutales reuniones de los señores, en el aquelarre hay amor, dulzura y paz. Los amos quieren que sus siervos produzcan más siervos. Ellos no desean darle al señor otro oprimido y desdichado. Merced a la ciencia de la bruja, ninguna

mujer vuelve encinta del aquelarre que, así, es la gran fiesta del erotismo: el uso no biológico de la sexualidad.

El cielo se sustenta en el abismo

Pocos grupos humanos han padecido restricciones sexuales tan grandes como aquellas impuestas a los siervos. El cura les prohíbe casarse con la prima; el señor les impide contraer nupcias con la forastera. La miseria y la desdicha depravan; los hijos cohabitan con sus madres y cuando llega una nueva extraña, la madre es arrojada a mendigar por los caminos. Todo, hasta el amor, es desdicha y desesperación en la Edad Media. A fines del siglo XIV la hechicera se pierde en la oscuridad. En definitiva prefiere el infierno de Satanás al infierno insaciable de este mundo. Las brujas que permanecen en la tierra entran en decadencia. Se corrompen para que el señor del castillo las salve de la hoguera atizada por el cura. Su vida se inficiona con el objeto más literalmente diabólico: el dinero. Con una muñeca acribillada de alfileres pueden matar; con la mandrágora arrancada al pie de la horca, trastornar el juicio, convertir en bestias a los hombres y entregar a las mujeres enajenadas y locas.

La sociedad establecida ejerce todos sus poderes de recuperación domesticación. Acepta al fin la existencia de “venenos buenos” y permite que se abra un cadáver. El médico, hijo de la bruja rebelde, es armado contra ésta en la lucha contra Satanás. “Si la mujer osa curar sin estudios es ipso facto bruja y debe morir en la hoguera”. Se extienden las universidades pero se prohíbe a la mujer la entrada en ellas. Con todo, al ser destituido Satanás, se debilita a la Iglesia. Dudar de los actos del eterno vencido es dudar de los actos del vencedor eterno. Las columnas del cielo tienen su base en el abismo, al sacudirlas se agrieta el paraíso.

Los mártires de Europa

El dominico alemán Splenger escribe *El martillo de las brujas*, guía y luz de la Inquisición que se propone aterrar a Europa, quebrantar los espíritus rebeldes, quemar como hechiceros a los que acaso mañana podrán ser insurgentes. La iglesia da al juez y al delator los bienes confiscados a la bruja. En consecuencia los juicios por brujería se multiplican y las parroquias prosperan. El método es simple y se basa en la tortura: se crean testigos de cargo

por medio del dolor y del espanto, a fuerza de tormentos se arranca de la acusada una confesión que se da por buena aun contra la evidencia de los hechos. De pronto un acontecimiento demuestra que el tribunal eclesiástico no es infalible: Juana de Arco, quemada como bruja por los ingleses, es santa para los franceses. Después de esto habrá un siglo tolerante en Francia, no así en el resto de Europa.

Llega el Renacimiento: los humanistas toman la defensa de la bruja. Al quemar los libros doctrinales de la medicina antigua, el gran médico Paracelso declara que todo su saber lo debe a las hechiceras, los pastores y los verdugos. Por su parte Agrippa afirma que toda ciencia está en la magia.

Desde entonces hasta la víspera de la Revolución Francesa Satanás sale del bosque, entra en la casa de Dios –el convento- y le disputa cuerpo y almas de las esposas a Él consagradas. El mal encuentra su caldo de cultivo en la enfermedad del claustro, mezcla de tedio, hastío, lujuria frustrada, rencor contra la familia que ha encerrado a sus hijas sin consultarles su parecer. La posesión diabólica no se ejerce ya en el cuerpo marchito de las brujas; Satanás se apodera de muchas monjas y de algunos sacerdotes, como el padre Girard, que cumplen en esta tierra el papel de demonios atormentadores.

Al terminar su libro, Jules Michelet se despide de la bruja situándola entre “los mártires de Europa; albigenses, valdenses, protestantes, moros, judíos, indios de América”. Añade que la rebeldía satánica se prolonga en la ciencia. El Demonio es Prometeo. Satanás es el fundador, autor e inspirador del progreso humano. Hoy que hemos perdido tanto la pasión de Michelet como su ilimitada fe en el progreso, aprobaríamos sus palabras, pero con un matiz ligeramente distinto.

Según Roland Barthes, lo que en el mundo actual prologaría mejor la otra función de la bruja micheletiana –la de ser consumida más que anulada por la organización social y representar una aberración en que la sociedad encuentra un medio de vivir sus contradicciones- tal vez sería “la figura mítica del intelectual, de aquél a quien se ha llamado el traidor, lo bastante desgajado de la sociedad para contemplarla en su alienación, orientado hacia una corrección de lo ideal y sin embargo impotente para llevarla a cabo; excluido del mundo y necesario al mundo, dirigido hacia la praxis pero que sólo participa

en ella mediante el relevador inmóvil de un lenguaje que, como la bruja medieval, sólo alivia la desdicha humana por medio de un rito y al precio de una ilusión.”